

Jesús Mosterín

Los judíos

Historia del pensamiento



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Kipá*
© Godong/ UIG/Index-Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jesús Mosterín, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9729-1
Depósito legal: M. 209-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo
15	1. Los judíos en la leyenda
16	Pastores semitas
20	La alianza con Yahvé
25	Salida de Egipto
31	Sedentarización en Canaán
39	La monarquía
47	El reino del Norte
53	El reino de Judea
58	2. Los judíos en la historia
58	El exilio en Babilonia
62	Bajo el imperio de los persas
70	Bajo las monarquías helenísticas
75	Rebelión e independencia bajo los Hasmoneos
82	3. La Biblia
83	La <i>Torá</i>
88	Los <i>Nevi'im</i>
93	Los <i>Ketubim</i>
96	La noción judaica de Dios
100	Una moral sin ética
102	Muerte, resurrección e inmortalidad
106	Fijación del canon hebreo
109	Las traducciones de la Biblia

112	4.	Época helenístico-romana
112		Bajo el Imperio Romano
115		Sectas judaicas
121		Tras la destrucción del templo
124		De los fariseos a los rabinos
128		Filón de Alejandría
134		Josefo
137	5.	El <i>Talmud</i>
137		La <i>Mishná</i> y la <i>Toseftá</i>
143		La <i>Gemará</i> y el <i>Talmud</i>
146		La época de los <i>Geonim</i>
147		Los comentaristas
150	6.	Maimónides
150		Pensamiento judío en al-Ándalus
155		Moisés ben Maimón
157		El comentario a la <i>Mishná</i>
160		La <i>Mishné Torá</i>
166		Epístolas
171		<i>Guía de perplejos</i>
176		Maimónides como médico
179		Ibn Tibbón y la reacción de los judíos a las ideas de Maimónides
184		Leví ben Gershom
189	7.	Bajo el yugo de los cristianos
192		Gran Bretaña
194		Francia
196		Ashkenaz
200		Sefarad
209		Gueto en Italia
211		La cábala
218		Mesianismo y jasidismo

Índice

224	8.	Spinoza
224		El caso premonitorio de Uriel da Costa
228		Familia e infancia de Spinoza
234		El joven comerciante
238		El <i>jérem</i> contra Spinoza
245		En la senda de Descartes
252		<i>Tractatus theologico-politicus</i>
257		<i>Deus sive natura</i>
268	9.	La emancipación de los judíos
268		Los judíos en la Alemania moderna
270		Mendelssohn
274		La emancipación legal de los judíos
276		La asimilación de los judíos en Alemania
278		El neokantismo y Hermann Cohen
285	10.	El siglo XX
285		El antisemitismo en Rusia
289		Reacción alemana frente al modernismo judío
291		Hitler, los nazis y la <i>Shoá</i>
297		Sionismo y Estado de Israel
301		Nacionalismo y cosmopolitismo
306		La lengua de los judíos
310		Einstein como judío
314		Esplendor intelectual
319		Notas
321		Bibliografía
333		Índice analítico

Prólogo

Este libro trata de la historia de los judíos y del pensamiento desarrollado por ellos a lo largo de tres milenios. Aunque escasos en número (apenas un 0,2% de la población mundial), los judíos han dejado su impronta claramente visible en la historia del pensamiento. A través de sus dos grandes herejías, el cristianismo y el islam, el judaísmo ha tenido una influencia decisiva en la manera de pensar de miles de millones de creyentes. Además, la aventura de los judíos a través de los tiempos constituye una historia fascinante por sí misma. Y tanto Spinoza como los numerosos pensadores y científicos judíos del siglo XX han hecho contribuciones de primera magnitud al pensamiento universal.

El primer capítulo presenta el mundo legendario de los mitos fundacionales del judaísmo, tal como aparece reflejado en la Biblia, sin corroboración alguna de tipo histórico o arqueológico. El segundo capítulo nos intro-

duce en la historia de los judíos a partir del exilio en Babilonia, narrada en la Biblia, pero para la que hay también otro tipo de referencias comprobatorias externas. El capítulo 3 está dedicado a la Biblia misma o *Tanak* como colección de libros, así como al pensamiento que en ella se expone acerca de Dios, de la muerte y de la moral. El capítulo 4 trata de la historia de los judíos en la época helenístico-romana, de la formación del judaísmo rabínico tras la destrucción del templo y del primer filósofo judío: Filón. El capítulo 5 describe el *Talmud*, empezando por la *Mishná* y siguiendo por la *Gemará*. La inmensa maraña de comentarios que es el *Talmud* ha sido considerada como la revelación oral y ha constituido siempre el núcleo del pensamiento rabínico.

El capítulo 6 está dedicado a los filósofos aristotélicos judíos y en especial al gran Maimónides, el filósofo y teólogo clásico del judaísmo y un pensador de singular vigor, que hizo un esfuerzo extraordinario por librar al judaísmo de su primitivo antropomorfismo y hacerlo compatible con la razón filosófica. El capítulo 7 presenta el mundo de Ashkenaz y Sefarad, la Alemania y España medievales, que marcaría a los judíos hasta nuestros días, en que los mismos israelíes siguen dividiéndose en ashkenazíes y sefardíes. También trata de la cábala y otros desarrollos de la época medieval tardía y renacentista. El capítulo 8 está dedicado a Spinoza, sin duda el más grande de los filósofos judíos, y en él se describen su vida, sus compañeros, el ambiente de Ámsterdam en el siglo XVII y su obra y pensamiento. El capítulo 9 trata de la ilustración judía, con Moses Mendelssohn, de la emancipación de los judíos en el siglo XIX, de su situación en Alemania y

de Hermann Cohen, el filósofo judío que llegó a ser la figura más prominente de la escuela neokantiana. El capítulo 10, finalmente, trata del antisemitismo en Rusia y Alemania, culminando en el nazismo y la *Shoá* (el holocausto), del sionismo y el Estado de Israel, del más famoso de los judíos, Einstein, y del asombroso florecimiento intelectual judío en el siglo XX.

Cuando en este libro hablo de judíos, uso la palabra en un sentido amplio, que abarca a todos los hijos de judíos, con independencia de sus ideas, de su ortodoxia o liberalismo y de su acatamiento o no de los preceptos de la *Halajá* o ley judaica. Obviamente, yo expreso también mis propias opiniones con libertad y contundencia. El signo menos precede a los años anteriores a nuestra era: -320 es 320 a. C. Respecto a la transcripción de los nombres propios hebreos, mi tendencia es a transcribirlos del modo lo más próximo posible a la pronunciación hebrea, cosa que hago en algunos casos, aunque en la mayoría he adoptado las castellanizaciones tradicionales (añadiendo la forma hebrea entre paréntesis la primera vez), aconsejado por amigos y colegas. A veces vacilo entre ambas alternativas (como entre Moshé y Moisés, o entre ben Maimón y Maimónides). El sustantivo 'el humano' (en plural, los humanos) se refiere al ser humano en general, con independencia de que sea hombre o mujer. La distinción entre humano y hombre es paralela a la distinción griega entre *ánthropos* y *anér*, a la alemana entre *Mensch* y *Mann*, y a la hebrea entre *ben-Adam* e *ish* o *geber*.

He tenido el privilegio de gozar de la amistad de varios grandes filósofos judíos, como Marcelo Dascal, Solomon Feferman, Nelson Goodman, Adolf Grünbaum,

Karl Popper, Hilary Putnam, Peter Singer y Ernst Tugendhat, y el propio judaísmo ha sido a veces tema de nuestras conversaciones. En 1990, visitando el kibbutz Gash, al norte de Tel Aviv, le dije a Marcelo Dascal que un día escribiría un libro sobre los judíos. Aunque con quince años de retraso, ahora cumplo mi palabra. Agradezco sus comentarios a cuantos colegas me los han hecho llegar, y en especial doy las gracias a Antonio Piñero, Josep Montserrat y María Teresa Calders. Desde luego, nadie más que yo mismo es responsable de los errores, omisiones e idiosincrasias que este libro pueda todavía contener.

En esta nueva edición se han corregido las erratas detectadas, se han pulido el estilo y la terminología en algunos lugares y se han actualizado los datos sobre científicos judíos ganadores de premios Nobel. Además, al final del libro se ha añadido un índice onomástico, para que tenga la misma estructura que los libros sobre los cristianos y el islam de esta misma serie, con los que comparte el enfoque y una temática monoteísta interrelacionada. El atento lector que todavía encuentre algún descuido o error se lo puede comunicar al autor en la dirección box@mosterin.com.

Jesús Mosterín

1. Los judíos en la leyenda

Aunque la irrupción de los judíos en la historia de la antigüedad fue tardía e insignificante, siempre los acompañó la conciencia obsesiva de un mundo legendario en que ellos habrían desempeñado un papel fundamental. Ese mundo mítico les sirvió de consuelo en sus tribulaciones, de guía en su vida cotidiana, de emblema de su identidad colectiva y de trampolín de sus esperanzas. Ese mundo legendario es el punto de partida imprescindible para entender la historia de los judíos y de su pensamiento, así como la del cristianismo y el islam, que heredaron los mitos hebreos y pueden considerarse como herejías judías. Así pues, antes de estudiar a los judíos en la historia, es necesario detenerse en sus leyendas, recogidas en los primeros libros de la Biblia, y tratar de situarlas en el contexto de lo que sabemos acerca del Oriente Próximo de la época.

Pastores semitas

La agricultura y las ciudades habían surgido en el Oriente Próximo en una amplia franja de tierra en forma de media luna –el Creciente Fértil– cuyos cuernos están constituidos por el Levante (los actuales Siria, Líbano e Israel) y Mesopotamia (el actual Iraq). En medio y hacia el sur quedaba el desierto árabe, inhóspito, reseco, sin agricultura ni ciudades, apenas habitado por tribus dispersas de pastores nómadas. Estos pastores hablaban dialectos emparentados entre sí, dialectos semíticos. Los escasos recursos del desierto no permitían sostener más que a una población muy reducida. Sin embargo, y por razones que no alcanzamos a entender, esas tribus experimentaban de vez en cuando un considerable crecimiento demográfico, y se veían entonces obligadas a traspasar los bordes del desierto, desparramándose por Mesopotamia y el Levante. Este rezumar del exceso de población de los pastores semitas del desierto era un fenómeno más o menos continuo, pero a veces alcanzaba proporciones preocupantes.

El principal foco cultural del Creciente Fértil era su extremo sudoriental, Sumer, que hacia –2100 gozaba de una nueva época de esplendor bajo el reinado de la tercera dinastía de Ur. Pero el desierto árabe estaba rezumando de nuevo pastores nómadas semitas, que poco a poco se iban infiltrando entre las civilizadas ciudades sumerias, unas veces por las buenas y otras por las malas. Vistos desde Sumer, estos nómadas procedían del oeste. Por eso los llamaron *amurru* (es decir, los occidentales).

Unos se limitaban a dejar pastar sus ganados a orillas de los grandes ríos. Otros trataban de ofrecer sus servicios, o robaban a los campesinos, o saqueaban poblados aislados. Los más agresivos llegaban a ponerse a la cabeza de algunas ciudades, sometiendo por la fuerza a sus pobladores. Privada de sus tierras, aislada y hambrienta, hacia -2000 cayó Ur en manos de los amurru. Muchos de estos nómadas se sedentarizaron en las ciudades mesopotámicas, mezclándose con la población local (que en parte ya era semita, procedentes de oleadas anteriores de inmigración) e incluso fundando dinastías poderosas, como la de Hammurapi en Babilonia.

No todos los amurru echaron raíces en las ciudades. Muchas familias de pastores nómadas siguieron practicando su modo ancestral de vida, transitando las rutas del Éufrates y del Levante con sus rebaños de cabras y ovejas, siempre en busca de nuevos pastos. Se trataba de grandes familias, formadas por un patriarca, sus varias mujeres, sus infantes, nueras, yernos, nietos y criados o esclavos. Cada una de estas familias era una unidad independiente y en ella el patriarca era la única y suprema autoridad. El patriarca tenía poder de vida y muerte sobre los miembros de la familia, concertaba los matrimonios de sus infantes y determinaba las rutas a seguir. La mayor parte del tiempo la pasaban los pastores nómadas en estepas y descampados, apacentando sus ganados. De vez en cuando se acercaban a los poblados e intercambiaban la lana de sus ovejas y el queso de la leche de sus cabras por harina y algún que otro modesto artefacto. Vivían en carpas de piel de cabra, que montaban y desmontaban en las diversas etapas de sus desplazamientos. A veces

disputaban con otros clanes por los pastos o abrevaderos, e incluso llegaban a adquirir derechos permanentes sobre ciertas tierras, convirtiéndose así en seminómadas. Y, a diferencia de los pueblos sedentarios, que construían templos de tierra o ladrillo a sus dioses locales, representados en pesadas estatuas, los clanes de pastores nómadas veneraban a dioses familiares, normalmente al aire libre.

Los antepasados de los israelitas eran algunas de esas familias de amurru o pastores nómadas semitas que, procedentes del desierto, habían entrado en Mesopotamia y luego habían mantenido su modo de vida trashumante. Después de varios siglos de nomadeo, hacia el siglo –XIII habían acabado estableciéndose en diversas oleadas en el país de Canaán, que abarcaba Palestina-Israel y los territorios circundantes.

Aquellos pastores nómadas semitas nunca habían poseído tierras hasta entonces. Pero su modo de vida nómada o seminómada era un anacronismo. Casi todos los pueblos con los que entraban en contacto estaban ya asentados desde hacía tiempo. Y ellos mismos sentían que algún día tendrían que asentarse también sobre tierras propias. Este deseo se fue plasmando en una serie de leyendas sobre la promesa que el dios familiar de sus patriarcas ancestrales habría hecho a éstos de concederles un día tierras propias. Esa promesa constituye el mito central de la religión judía.

Lo que actualmente conocemos como la *Biblia* (palabra griega que significa simplemente ‘libros’) es una colección de libros diversos. La parte más antigua, conocida en hebreo como la *Torá* (ley), consta de cinco libros, como indica su nombre griego, Pentateuco (*Pentáteukhos*),

de los cuales el primero recibe en hebreo el nombre de *Beresbit* (al principio), que es la expresión con que empieza, según práctica habitual. El gran poema babilónico de la creación, por ejemplo, se conoce como *Enuma Elish* ('cuando en lo alto'), por ser éstas sus primeras palabras. Los posteriores traductores helenísticos del *Beresbit* le pusieron como nombre griego *Génesis*.

El *Beresbit* o *Génesis* contiene las leyendas de la época patriarcal, en que los israelitas eran pastores nómadas, aunque escritas, reelaboradas y fijadas muy posteriormente, cuando ya se habían sedentarizado en Canaán. Muchas de esas leyendas no son originales, sino que proceden del acervo mitológico de Mesopotamia, con el que sin duda los pastores nómadas tuvieron amplia oportunidad de entrar en contacto durante la época en que allí vivieron. Un caso especialmente claro es el mito del diluvio universal.

En una tablilla de barro cocido del milenio –III procedente de las excavaciones de Nippur se ha encontrado parte del texto sumerio que recoge la primera versión conocida del mito. Los dioses deciden acabar con la humanidad mediante un diluvio universal, pero avisan al virtuoso Ziusudra para que construya un barco y se salve. En el milenio siguiente los poetas babilonios incorporaron el mito del diluvio al famoso poema akadio de Gilgamesh, en su tablilla IX, encontrada en la biblioteca de Asurbanapli. Este poema se difundió por todo Oriente Próximo durante el milenio –II e incluso se tradujo a otras lenguas. Los dioses, descontentos con los humanos, deciden exterminarlos mediante un diluvio, pero el dios de la lluvia, Ea, le avisa a un hombre virtuoso, Utnapishtim, de la catástro-

fe que se avecina y le ordena que construya un barco (cuyas dimensiones y estructura específica) y que se meta en él con su familia y con animales de todo tipo, a fin de salvarlos a todos del exterminio. Una vez escampado el diluvio, Utnapishtim suelta sucesivamente una paloma, que regresa al barco, una golondrina, que también regresa, y un cuervo, que ya no regresa, de donde infiere que las aguas ya se han retirado. Finalmente abre las puertas del barco y deja salir a familiares y animales, ofreciendo a continuación un sacrificio de acción de gracias, cuyo olor resultó grato a los dioses. Los capítulos 6 al 9 del *Beresbit* hebreo (a su vez, mil años posterior al texto akadio) repiten de nuevo la misma historia, sólo que aquí los dioses descontentos con la humanidad se identifican con el dios familiar de los patriarcas, Yahvé, y Utnapishtim se identifica con Noé. Las principales diferencias son el mayor moralismo del texto hebreo (Yahvé está descontento con los humanos por la maldad de éstos) y el tema típicamente judío de la alianza (la promesa divina de que no volverá a haber más diluvios) que aparece al final de la narración, y que contiene la explicación del arco iris como recordatorio de la promesa.

La alianza con Yahvé

Lo más característico e importante del *Beresbit* (y de la religión judía) no son los mitos cosmogónicos adaptados de otras culturas, sino la original concepción de un pacto, tratado, contrato o alianza entre el dios familiar de los patriarcas ancestrales de los israelitas y los descendientes

de éstos, que forman el pueblo de ese dios. El pacto conlleva obligaciones por ambas partes. El dios (llamado en distintas tradiciones El, Elshadday, Elohim y Yahvé, entre otros nombres) se compromete, en primer lugar, a entregar a los pastores nómadas tierras en que asentarse, a saber, las tierras del país de Canaán. En segundo lugar, se compromete a protegerlos y darles abundante descendencia. Los patriarcas y sus descendientes se comprometen por su parte a obedecer a ese dios y a serle fieles, rindiéndole culto y ofreciendo sólo a él sacrificios.

Según cuenta el *Beresbit*, la familia de Abram había migrado desde Ur (en el sur de Mesopotamia) hasta Harán (en el norte), donde estaba estableciéndose. Pero Yahvé se dio a conocer a Abram como su dios familiar y le ordenó marcharse de allí.

Ahora bien, Yahvé dijo a Abram: «Vete de tu país, de tu patria, y de tu casa paterna, al país que yo te mostraré; y yo haré de ti una gran nación, te bendeciré y engrandeceré tu nombre...» [Ge, 12; 1-2].

Abram, obediente, se puso en marcha al frente de su familia, criados y ganado, deambulando por el Levante y penetrando brevemente en Egipto. Mientras se encontraba en el país de Canaán tuvo de nuevo una visión de su dios. En aquel día pactó Yahvé alianza con Abram, diciendo: «A tu posteridad otorgo este país, desde el río de Egipto hasta el río Éufrates» [Ge, 15; 18]. El gran país que aquí describe Yahvé coincide con el momento de máxima extensión del legendario reino israelita de David y Salomón, supuestamente en el siglo -X.

Cuando Abram tenía noventa y nueve años, se le apareció de nuevo su dios, para cambiarle el nombre (de ahora en adelante se llamaría Abraham) y para exigirle a cambio de su promesa de tierras algo concreto, a saber, el corte del prepucio. Éstas son las palabras del dios:

Soy yo; he aquí mi pacto contigo [...]. Confirmaré mi alianza entre yo y tú, y con tu descendencia después de ti, en la serie de las generaciones, a modo de alianza eterna, a fin de que sea yo Elohim tuyo y de tu descendencia después de ti. Daré a ti y después de ti a tu descendencia el país de tus peregrinaciones, todo el país de Canaán, en posesión perpetua, y seré su Elohim para ellos [...]. Tú, por tu parte, guardarás mi alianza, tú y tu descendencia tras de ti en sus diversas generaciones. He aquí mi alianza, que habrás de guardar entre yo y vosotros, así como tu descendencia después de ti: serán circuncidados todos vuestros varones. Os circuncidaréis, pues, la carne del prepucio, lo cual vendrá a ser señal de la alianza entre yo y vosotros. Cuando cuentes ocho días, se os circuncidará a todo varón en vuestras generaciones; aquel que ha nacido en la casa y el adquirido por dinero de cualquier extraño [...]. Así vendrá a ser mi alianza en vuestra carne como alianza perpetua. En cuanto al incircunciso varón a quien no se haya circuncidado la carne de su prepucio, esa persona será extirpada de su pueblo, pues quebrantó mi alianza [Ge, 17; 2-14].

Este interés del dios de Abraham por la mutilación de los prepucios resulta un tanto extravagante. En realidad, la circuncisión (como la más bárbara clitoritomía) forma parte de los ritos de iniciación a la pubertad de muchos pueblos primitivos, y era práctica común entre los pue-

blos semitas. Pero los israelitas interpretaron su mutilación ritual (que no tenía nada de original) como símbolo de su alianza con Yahvé y como mandato divino. Por eso el tema de la circuncisión tendría enorme importancia en sus posteriores relaciones históricas con filisteos, griegos y romanos, y acabaría provocando la separación del cristianismo del tronco judaico.

Aparte de la exigencia concreta de la circuncisión, el dios de Abraham requería también la predisposición genérica a obedecerle ciegamente. Así un día ordenó de pronto al patriarca, que sólo tenía un hijo, que se lo sacrificase: «Toma a tu hijo, tu unigénito, que tanto amas, a Isaac, y vete al país de Moriyyá, y ofrécelo allí en holocausto sobre una de las montañas que yo te indicaré» [Ge, 22; 2]. Abraham, ni corto ni perezoso, se dispuso a cumplir sin rechistar la orden de su dios. Cuando ya tenía a su hijo atado sobre el altar y se disponía a clavarle el cuchillo para sacrificarlo, el dios perdonó la vida al muchacho. Lo único que había pretendido era poner a prueba la obediencia ciega de Abraham:

Juro por mí mismo, palabra de Yahvé, que por cuanto has hecho tal cosa y no me has rehusado a tu hijo, tu unigénito, te colmaré de bendiciones y abundantemente multiplicaré tu descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en la ribera del mar, y tu posteridad se adueñará de la puerta de sus enemigos... [Ge, 22; 15-17].

Muerto su padre Abraham, Isaac le sucedió como patriarca del clan familiar. Y el dios familiar renovó a Isaac las promesas que había hecho a su padre. Así, cuando a

consecuencia de una sequía en Palestina Isaac se disponía a conducir a su familia y ganado hacia Egipto, se le apareció Yahvé para decirle:

No bajas a Egipto; avecíndate en el país que yo te diré; reside en ese país, que yo estaré contigo y te bendeciré; pues a ti y tu descendencia he de dar todas esas tierras, cumpliendo el juramento que hice a tu padre Abraham. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y daré a tu posteridad todos esos países... [Ge, 26; 2-4].

Aunque el primogénito de Isaac era Esaú, su otro hijo, Yáaqov, logró mediante engaños y artimañas arrebatarle el derecho de primogenitura y obtuvo así la sucesión de su padre como nuevo patriarca del clan. Mientras viajaba hacia Harán, el hogar ancestral de Abraham, en busca de su esposa, Yahvé le renovó su alianza mediante un sueño (manera común como los dioses se comunicaban con los humanos).

Yáaqov tuvo un sueño y he aquí que era una escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate tocaba los cielos, y ve ahí que los ángeles de Elohim subían y bajaban por ella. He aquí, además, que Yahvé estaba en pie junto a ella y dijo: «Yo soy Yahvé, el dios de tu padre Abraham y dios de Isaac. La tierra sobre la que yaces la daré a ti y a tu descendencia, y será tu posteridad como el polvo de la tierra [...]. Mira, yo estaré contigo y te guardaré dondequiera que vayas y te restituiré a esta tierra, pues no te he de abandonar hasta que haya cumplido lo que he prometido» [Ge, 28; 12-15].

Así como el dios del clan había cambiado el nombre del patriarca Abram por el de Abraham, así también

cambió el nombre del patriarca Yáaqov por el de Israel. Por eso sus descendientes se llamaban hijos de Israel o israelitas. Y, puesto que Yáaqov había tenido doce hijos, por eso los israelitas posteriores estaban divididos en doce tribus, porque cada una de las tribus procedía de uno de esos doce hijos. O al menos ésa era la explicación que ofrecían las leyendas ancestrales.

Salida de Egipto

Yahvé tardó en cumplir su promesa de entregar a los hijos de Israel tierras en que asentarse. Durante siglos los clanes familiares de pastores nómadas israelitas siguieron trashumando en pos de sus rebaños, en busca siempre de nuevos pastos. Esas migraciones llevaron a algunos de ellos a la parte oriental del delta del Nilo, en Egipto.

En el siglo que va de -1650 a -1550 Egipto estuvo dominado por los hicsos, mezcla de indoeuropeos y semitas que lograron conquistar el milenar imperio del Nilo gracias a sus caballos y a sus carros de combate, hasta entonces nunca vistos en Egipto, entre cuyas tropas sembraron el pánico y la confusión. Los hicsos formaron un fugaz pero extenso dominio, que abarcaba Egipto y el Levante. Quizás en esa época los pastores nómadas semitas pudieron penetrar con especial facilidad en Egipto e incluso alguno de ellos hacer carrera en la administración extranjera establecida por los hicsos en Egipto. Algún hecho de ese tipo podría reflejarse en la leyenda del hebreo Yosef, que llega a ser algo así como primer ministro de Egipto.